



***EINNOVA EDUCACIÓN: EL CAMINAR COMPARTIDO ENTRE MAESTRO Y ALUMNO. CREANDO ESPACIOS JUNTOS***

*Nerea Gómez Carro*



Alumna Máster de Formación del Profesorado.

Especialidad Artes Plásticas.

nereagom@ucm.es

“A las incesantes caminatas de los primeros hombres que habitaron la tierra se debe al inicio de la lenta y compleja operación de apropiación y “mapación” del territorio”

(Careri en Huerta, 2007, p.48).

Como los hombres que descubrieron la tierra, los alumnos descubren también el nuevo espacio. Primer día de clase. El profesor entra en el aula, un aula que él ha pisado durante años pero que los niños que le siguen viven por primera vez. Un lugar que durante los próximos meses va a compartir muy a menudo. Caminan y paso a paso hacen un recorrido que repetirán muchas veces. Desfilan entre las mesas como entre árboles de un gran bosque en búsqueda de aquella silla especial que será su lugar por muchas horas. Todas son iguales.

Caminan. En los años 60 artistas comenzaron a caminar por los bosques, estos se convirtieron en los lugares y soportes de su trabajo y su cuerpo en su herramienta

principal. Sin otra acción que el caminar. Los pasos, uno detrás de otro. Los pies moviéndose en un baile continuo que los alterna en contacto con el suelo. “Algunos escultores -land art- comienzan a explorar el caminar como una forma con la que intervenir en la naturaleza, como un acto de transformación simbólico: la travesía como experiencia, como actitud que se convierte en forma” (Huerta, 2007, p.207). Transforman así el espacio con su propia acción, la huella que dejan modifica el espacio, y ellos lo hacen de forma consciente comunicándose con los primeros hombres que caminando construían el mundo. Ocupaban el espacio, habitaban un lugar antes desanimado. Deshacían huella a huella el no-lugar que el olvido había creado.

A final de curso sabrán ese camino de memoria, paso a paso podrán repetirlo con los ojos cerrados. Sin embargo le hacemos entrar, tras ese caminar, en un espacio aburrido, a menudo verde. Un espacio en el que también entrarán pronto los padres para sentarse en las pequeñas y rígidas sillas verdes. Un espacio de memoria en el que ellos también estuvieron una vez. Dice Julia Rico: “entrar en la vida cotidiana de los centros públicos de enseñanza Secundaria es acceder, en la mayoría de los casos, a espacios no habitados, a no-lugares, a edificios que carecen de una configuración específica, de una identidad propia” (Acaso, 2012).

Las aulas son espacios grises y verdes, color natural, de las plantas y de sus hojas. María Acaso pone como ejemplo de clase la siguiente descripción: “las paredes están revestidas de azulejos color gris, el mobiliario consiste en 30 mesas individuales con sus 30 sillas, de color verde, colocadas formando cuadrícula y orientadas hacia la pizarra” (2012, p.118). Color tranquilo, demasiado común, hace que nos sintamos fuera de lugar, como perdidos en medio de un bosque. Un espacio en blanco, como el cubo, en el que son los alumnos los que están expuestos, todos colgados en línea, todos ordenados en fila. Como una arboleda sin dueño, el aula es un espacio verde en el que nadie está a gusto. En el que todos nos sentamos durante horas, pero desde el que pensamos en lo que hay fuera.

Muchos artistas también han reflexionado a través de sus obras sobre estos espacios que parecen no tener habitantes, abandonados en sí mismos pero no tan raros. Candida Höfer muestra espacios insólitos que acostumbramos a ver ocupados, pero en los nadie interacciona, todos somos invitados en esos lugares. El orden, la pulcritud y la simetría alejan al espectador como si no pudiese tocar nada. Gregory Crewdson si representa a personas en sus composiciones de forma que parecen ensimismados en sí mismos, sin interaccionar entre ellos y en poca medida con su entorno. Crea las imágenes con un rigor absoluto, creando las escenas como en un decorado como lo es también el aula. Las mesas siguen ordenadas según las baldosas del suelo y todos se sientan mirando al frente, viendo las espaldas de sus compañeros. Los elementos que allí encontramos se transforman en esqueletos como los que construye Nona Hatton. Objetos a los que ya no miramos, sombras que consideramos ya permanentes como si no se pudiesen tocar. Pero lo cierto es que las sombras desaparecen con la luz, una que puede iluminar con nuevos usos, nuevas posiciones, etc.

Y lo cierto, es que ahí fuera hay cosas diferentes. Hay edificios modernos, con grandes ventanales que dejan que sus alumnos se comuniquen con el mundo, hay espacios diferentes que estimulan la imaginación de aquellos que los habitan, y soñamos, soñamos con que deberíamos tirar el edificio donde trabajamos, este, frío y verde, no nos gusta. Llamemos a aquellos que diseñaron esos que tanto admiramos. Pero no tiréis la toalla. Estos diseños no son lo único importante. De hecho no son ni el cincuenta por ciento del triunfo de un espacio. El diseño de la clase y la estimulación que en ella encontramos es más importante. Y eso sí lo podemos cambiar nosotros sin necesidad de llamar a las excavadoras.

En medio de la inmensidad es difícil ver. Las ramas ocultan el camino, nos perdemos en él. Los profesores hablan, pero su voz se confunde con el murmullo de los árboles. Pero si tenemos un bosque caminemos, hagamos la senda paso a paso. Hagamos de ese lugar frío y húmedo un espacio agradable. Cosamos cortinas, coloquemos cojines.

Construyamos todos juntos una clase que se parezca a un salón. Con un gran sofá en el que quepamos todos. Un sofá como aquel en el que apoyamos nuestras manitas cuando comenzábamos a caminar erguidos, donde nuestros padres nos hacían cosquillas para hacernos reír antes de mandarnos a la cama, frente al que colocábamos el tablero con el que jugar a ser mayores comprando y vendiendo casas.

“Ningún paseante observa lo que le rodea de la misma manera que el siguiente, pero todos emitimos juicios estéticos (conscientes o no) acerca de nuestro entorno” (Huerta, 2007, p.210).

El sofá. Caminemos, caminemos sobre él, saltemos, pintémoslo sin querer mientras hacemos una gran obra de arte que pronto colgará de la mejor galería del mundo, la puerta de nuestra nevera, pintemos sin querer la tela con un rotulador y coloquemos un cojín delante para que nadie se dé cuenta. Construyamos un sofá y si tenemos que destruirlo, hagámoslo. Ya construiremos otro, pero no olvidemos que en el salón también hay una puerta a la cocina donde se cuecen nuevos proyectos y también una ventana a un mundo llena de horizontes. Convirtamos el bosque en nuestro salón.

#### Referencias bibliográficas:

Acaso López-Bosch, M., & Megías, C. (2012). *Pedagogías invisibles: El espacio del aula como discurso*. Madrid: Los Libros de la Catarata.

Acaso López-Bosch, M., Megías, C., Camnitzer, L., & Megías, C. (2017). *Art thinking: Cómo el arte puede transformar la educación*. Barcelona: Paidós Educación.

Calle, R., Huerta, R., Universidad de Valencia, & Congreso Internacional Museos y Educación Artística Congreso Internacional Museos y Educación Artística (2005).

Valencia). (2007). *Espacios estimulantes: Museos y educación artística* (Art oberta, 135). Valencia: Universitat de València.

Imagen de portada: Gómez, Nerea (2018). *El sofá de Violeta*.